

EL LIBRO DE LOS *DIÁLOGOS* DE SAN GREGORIO EL GRANDE²³⁴

“Un día, deprimido por los tumultos excesivos de algunos seculares, a cuyos negocios demasiado a menudo nos vemos obligados a pagar un tributo que ciertamente no les debemos, me refugié en un lugar solitario, favorable para la melancolía, de modo que todo el disgusto de mis ocupaciones apareciera ante mí claramente; y lo que habitualmente me causa pena se presentara a mis ojos libremente” (*Diálogos*, Libro I, Prólogo). Con estas palabras comienza el libro de los *Diálogos*. Su Prólogo es una bella página autobiográfica, que bien podría ser la de muchos hombres de nuestro tiempo.

Hallándose en tal estado de ánimo Gregorio, hace su aparición el pequeño diácono Pedro y notando la depresión de su querido amigo le pregunta: “¿Te ha ocurrido algo nuevo, para que la melancolía te invada más que habitualmente?” (*Diál.*, lib. I, Pról. 2). Gregorio le responde a su interlocutor quejándose de sus muchas ocupaciones que le impiden mantener su espíritu en la contemplación de las cosas celestiales, como lo hacía antes, cuando moraba en el monasterio. Ese dolor, provocado por el tumulto y dispersión que ocasionan los negocios seculares, se ve aumentado cuando el pontífice recuerda “la vida de algunos que abandonaron *totalmente* el siglo presente” (*Diál.*, lib. I, Pról. 6)... “Muchos de ellos, por su vida retirada, agradaron a su Creador; y temiendo perder su juventud de corazón en las ocupaciones humanas que causan el envejecimiento, Dios Todopoderoso no permitió que ellos se ocuparan de los trabajos de este mundo” (*Diál.*, lib. I, Pról. 6). Esta afirmación de Gregorio provoca la intervención de Pedro que reconoce no saber si en Italia hubo hombres cuya vida estuviera marcada por los milagros. “Ignoro, por lo tanto, lo referente a aquellos cuya comparación os ruboriza” (*Diál.*, lib. I, Pról. 7). La respuesta de Gregorio a esta nueva pregunta de Pedro es el inicio del libro de los *Diálogos*: “Si me limito a lo que he aprendido de hombres perfectos y probados, yo sólo, pobre miserable, bien merced al testimonio de hombres buenos y fieles, bien por mi mismo, acabará el día, pienso yo, antes de terminar mi discurso” (*Diál.*, lib. I, Pról. 8).

Me he detenido en el Prólogo de los *Diálogos*, pues aunque todo él pueda ser un artificio literario – genial a mi entender–, plantea un problema que no sólo afectó al gran Pontífice, sino que es también nuestro *problema de hoy*. Las tensiones, preocupaciones, exigencias absorbentes, el continuo bullicio al que nos vemos sometidos cada día impiden, muchas veces, un encuentro profundo –a solas –con Dios. El exceso de *negocio* cierra toda posible puerta de acceso al *ocio*; y sin ocio, sin un tiempo de sosiego físico, psicológico y espiritual es harto difícil realizar ese ideal que Gregorio resume admirablemente con la *fórmula*: “habitare secum”; “habitar consigo mismo”, pero habitar consigo mismo “bajo la mirada del *Spectatoris de lo alto*” (*Diál.* lib. II,3,5). Este habitar consigo mismo, que de ninguna manera implica olvido de los demás y de las responsabilidades que cada uno debe cumplir, es condición ineludible de la contemplación de las *realidades* de Dios. Los Padres de la Iglesia, y en particular nuestros Padres en la vida monástica, enseñaron sin desmayos la importancia del “habitare secum” para el cristiano y para el monje. Recordemos las dos afirmaciones de San Atanasio en el texto *fundacional* de la vida monástica: “Antonio dedicó todo su tiempo a la vida ascética, atento a sí mismo (*sibi attendere*)”; y: “Enfrentarse consigo mismo sirviendo a Cristo” (*Vida de San Antonio*, 3).

En su obra Gregorio parte de una intensa experiencia personal: la multitud de los *negocios* quitan tiempo y distraen impidiendo habitar consigo mismo. Y desde esta constatación edifica todo el libro de los *Diálogos*, ya que las vidas de los santos son una luminosa prueba de que es posible enfrentarse

²³⁴ Comentario de la publicación: *Grégoire le Grand: Dialogues* (texte critique et notes par Adalbert de Vogüé; traduction par Paul Antin). Eds. du Cerf, Paris 1979-1980 (Col. *Sources chrétiennes* ns. 260 y 265). El recuerdo de los 1500 años del nacimiento de San Benito y la importancia decisiva del libro de los *Diálogos* para el conocimiento de la vida de este gran monje justifican la extensión de esta reseña.

con el Dios de Vida. Los santos del libro de los *Diálogos* son, ante todo, hombres que “recessit igitur scienter nescius et sapienter indoctus” (*Diál.*, lib. II, Pról.). Es decir, hombres que sentados a los pies del Señor escuchan sus palabras porque han escogido la mejor parte, que no les será quitada (ver Lc 10,38-42). Entendiendo, como lo hace Gregorio, que la vida de contemplación, sería mejor decir de *escucha*, es la parte mejor, pero no por oposición a la *vida activa* que se definiría como: existencia de segunda clase para cristianos sub-desarrollados, sino porque la contemplación –la atenta escucha– es el centro de nuestro seguimiento de Cristo. En la contemplación, en el ocio, en el *habitare secum*, escuchamos una voz que nos dice: “Dios es lo único necesario, Jesucristo vive entre los hombres y peregrina con nosotros hacia el Padre, la eternidad está empezada y marchamos con Cristo hacia la consumación del reino” (Cardenal Pironio, *Osserv. Rom.* 28-11-76, pp. 11 y ss.). Me parece que leer los *Diálogos* desde esta óptica es devolverles su justa dimensión. No son, como pueden parecerles a algunos piadosas historias de santos. Se trata de una obra profunda, con una sólida teología espiritual y de enorme actualidad. Cada relato puede ser la respuesta a mi problema, a mi falta de tiempo para habitar conmigo mismo. Y es con esta inquietud que deben leerse; con esa docta ignorancia tan grata a los ojos de Dios (ver *Diál.* III,37,20).

Inicia la obra el relato de la vida de Honorato, monje fundador del monasterio de Fundi. Este hecho lejos se halla de ser una mera casualidad. El monje es el cristiano *radicalizado* en la escucha, es modelo de contemplación. El monasterio es el lugar propicio para desarrollar esa actividad. Otra muestra de la coherencia y asombrosa lógica con que ha construido su obra Gregorio, ya que el prólogo halla una espléndida ilustración en los primeros capítulos.

Después de la vida de Honorato se narran los hechos salientes de otros tres monjes: Libertino (primer discípulo de Honorato); un jardinero anónimo (monje del monasterio de Fundi); y Equitus (abad de la región de Valeria). Luego se presenta a Constancio (sacristán), uno de los pocos laicos que se mencionan en los *Diálogos*. De él se dice: “Su reputación se había extendido por todas partes, porque estaba *funditus* desprendido de las cosas terrenas, y con todo el *adnisu* de su *mentis* suspiraba sólo por el cielo” (*Diál.* I,5,2). Tamaño elogio hace pensar, como lo señala el P. de Vogüé, en san Benito y equipara al sacristán con los monjes. Es, pues, un laico que vive como monje porque ha comprendido la inferioridad y vanidad de las cosas terrenas.

En el capítulo seis de este primer libro aparecen en escena tres obispos: Marcelino, Bonifacio y Fortunato; los únicos mencionados en esta sección de los *Diálogos*, que se completa con las vidas de: Nonnosus (prior del monasterio de Soracto); Anastasio (abad del monasterio de Subpentoma); Martyrius (monje) y Severo (sacerdote). Estos dos últimos capítulos es probable que sean adiciones del mismo Gregorio, efectuadas en un período posterior a la primera redacción.

Para un hijo de san Benito el libro segundo de los *Diálogos* es fundamental en su vida monástica. Pero, ¿no será también decisiva la figura de san Benito en el plan del autor de la obra? En el santo varón de Dios se conjugan con admirable armonía la búsqueda de las cosas de lo alto y la virtud de realizar milagros. Acertadamente señala el P. de Vogüé que el diácono Pedro al oír de labios de Gregorio la mención de las vidas de los santos, aprovecha tal circunstancia para expresar sus dudas sobre la existencia de taumaturgos en Italia. Mientras que el Pontífice no piensa fundamentalmente en los milagros de los santos sino en su vida retirada, en su alejamiento de los humanos negocios y su total dedicación al servicio de Dios. En la vida de Benito estos dos aspectos se unen en espléndida síntesis.

San Benito es monje, se ha retirado de los quehaceres de los hombres, de sus negocios, para habitar consigo mismo; su deseo es: “Soli Deo placere”; su opción total está expresada en las palabras: “Scienter nescius, et sapienter indoctus”. Y el Señor le ha regalado el don de hacer milagros; posee el espíritu de los justos, del mismo modo que Moisés, Elías, Eliseo, David y Pedro. Es, por lo tanto, el *ideal* de santidad; es el santo más importante de todo el libro de los *Diálogos*. Al igual que san Atanasio respecto de san Antonio, Gregorio proyecta en Benito su propio ideal de perfección y su concepto de lo que debe ser la santidad cristiana, basándose en datos reales e históricos combinados con algunos elementos legendarios.

En el tercer libro los monjes ya no ocupan más el sitio de privilegio, sino que la atención de Gregorio se centra en obispos, sacerdotes y algunos laicos. Pareciera que el autor ha querido regalar a sus lectores una serie de milagros que confirmen, sin dejar ningún tipo de dudas, la existencia de santos en la península itálica. El P. de Vogüé sostiene que Gregorio seleccionó para el primer libro un pequeño grupo de noticias aptas para formar un conjunto armonioso, resumiendo las restantes en el libro III.

La lectura de los tres primeros libros nos deja como clara conclusión que la santidad exige el *habitare secum* y muchas veces se manifiesta externamente en los milagros. Por eso cuando el hombre consigue librarse, de esa aplastante inmediatez que le impide habitar consigo mismo y anhela un encuentro profundo con Dios, comienza a recorrer el camino, de la santidad. Se preguntará entonces por la muerte, y el recuerdo de la partida de este mundo deberá guiarlo hacia una mayor responsabilidad frente a las exigencias de la vida presente. No extraña, pues, que Gregorio concluya su obra con un libro dedicado: a la *escatología*.

El cuarto libro de los *Diálogos* es el más doctrinal, el más denso y también el de más ardua lectura. Nos encontramos ante temas muy espinosos: el infierno, el purgatorio, las profecías de los agonizantes. Son temas que a menudo preferimos silenciar y que no deseamos recordar. Confieso que algunos capítulos me impactaron hondamente y me condujeron a un sincero examen de conciencia sobre mi modo de vivir lo que dice la Regla de san Benito: “Temer el día del juicio. Sentir temor (*expavescere*); de la *Gehéna*. Suspirar con todo el deseo espiritual (*concupiscentia spiritalis*) por la vida eterna. Tener cada día presente ante los ojos la muerte. Tener por cierto que Dios me está mirando en todo lugar” (4,44-49). Creo que estas cinco advertencias pueden ser los hilos conductores sobre los que se desliza todo el libro IV.

Es conveniente, sin embargo, apuntar que Gregorio no escribe para *edificar* o para *asustar*. A lo largo de toda su obra la meta final es una sola: lograr que el lector tenga un encuentro profundo con Cristo. Lo señala el P. de Vogüé cuando dice: “Considerados a través de toda la obra como manifestaciones del poder y de la gracia de Cristo, los santos y sus milagros desaparecen en los últimos capítulos para dejar al lector tete-á-tete con Cristo mismo: Es Él quien, por su misterio pascual, realiza los últimos milagros del libro” (Introd., pp. 76-77). Ciertamente admirable es la pedagogía que ha desplegado el gran Papa para guiar al lector en el desprendimiento de las cosas de este mundo, primer peldaño del *habitare secum* bajo la mirada del *Superni Spectatoris* y condición ineludible para descubrir en el corazón la presencia del Señor Jesucristo. A partir de este hallazgo la vida presente se ordenará conforme a los preceptos evangélicos y la muerte no sorprenderá, sino que encontrará a un hombre vigilante, con la lámpara encendida y una buena provisión de aceite (ver *Mt 25,1* y ss.).

Antes de referirme a las características de la edición de *Sources chrétiennes* me parece necesario decir algo sobre la mujer en el libro de los *Diálogos*. “Te digo que sus muchos pecados le son perdonados porque amó mucho” (*Lc 7,47*). “*Porque amó mucho*”, en estas palabras de Jesús encontramos la mejor síntesis del pensamiento de Gregorio sobre el sexo débil. Al pasar recordemos que en la mayor parte de las obras del monacato primitivo las damas son presentadas como mortíferas armas de las que se sirve el Tentador para hacer tropezar a los santos varones. Este parecer lo hallamos también en los *Diálogos*, pero con poca frecuencia. Tal el caso de la tentación de san Benito (II,2). Sin embargo, y aunque sean pocas las santas que se mencionan en los *Diálogos*, predomina una visión positiva de la mujer. Ella es *maestra de caridad*. Así nos lo enseña el episodio de santa Escolástica y el de la viuda Galla (IV,14). Al quedar en estado de viudez los médicos le pronosticaron a Galla que si no volvía a contraer matrimonio le crecería la barba. Mas ella amaba ardientemente a su Señor Jesucristo y no vaciló en sacrificar el tan preciado tesoro de su feminidad en aras del amor por su *interioris sponsi*, pues “no tenía vergüenza de ser afeada en una parte de sí misma que no era la que amaba su celestial esposo” (IV,14,2). Ambos episodios nos ilustran el sentir de Gregorio sobre la misión de la mujer en la vida cristiana. En la sabia pedagogía que se desarrolla en los *Diálogos* no se olvida que todo es en vano si no hay caridad. “*Habitare secum*”, milagros y hasta profecías para nada sirven si no hay amor. Pensamiento estupendamente expresado al fin del episodio de santa Escolástica: “Dios es amor (*1 Jn 4,8*), y por un juicio verdaderamente justo, Santa Escolástica fue más fuerte porque *amplius amavit*”

(II,33,5). Y, al fin del cuarto libro, cuando se cierran los *Diálogos*, Gregorio vuelve a recordar la importancia del perdón, la misericordia y las lágrimas. Misericordia y lágrimas son dos *atributos* especialmente femeninos que el Papa recomienda a todos los cristianos: “*Conflemus in lacrimis durtiam mentis, formemus in proximis gratiam benignitatis*” (IV,62,3).

El P. de Vogüé y el P. Antin han puesto a nuestro alcance una excelente edición latina con traducción al francés. Ambas, enriquecidas por innumerables e invalorable índices, son una invitación que ningún monje y ninguna monja pueden despreciar.

Quiero hacer una mención especial de las notas, debidas al P. de Vogüé. Son imprescindibles si se quiere aprovechar a fondo la riqueza de la obra. Pero además abren senderos no transitados para futuros estudios, no solamente de los *Diálogos* sino también del género hagiográfico de la época.

Me pregunto si no hemos caído en una cierta euforia por la literatura oriental que nos ha hecho olvidar ciertas riquezas que nos han legado los escritores latinos. Benito no es sólo el Antonio latino, sino el paradigma, el prototipo, el modelo, que Gregorio desea poner ante nuestros ojos para que lo imitemos con nuestras vidas. Quince siglos confirman el acierto de su genial enfoque y deberían ser suficientes para acallar nuestras vacilaciones.

*Monasterio de Santa María
Los Toldos - Argentina*